

ra con una señorita de las Barbadas, y la segunda con la hija de un caballero de Carmarthenshire, á quien dirigió aquellas cartas graciosas, tiernas y admirables en que se inmortalizó su *Prueship*. Lo mismo que Sheridan. Steele se vió perseguido por la cotinua falta de dinero; y aunque á su mujer le ponía una cara alegre, tenía con frecuencia la muerte en el corazón. Halló por algún tiempo consuelo en la bebida y dejaba á su esposa en casa para desembarazarse de los acreedores que le asediaban, mientras que él se refugiaba con sus alegres camaradas en « *The Rose* ». Pero la excelente naturaleza de Seetele se sobreponía siempre cuando pensaba en su esposa. Al dedicarle uno de sus volúmenes decía: « ¡Cuántas penas ha apartado vuestra ternura de mi cabeza enferma, cuántas angustias de mi afligido corazón! Si es cierto que existen ángeles de la guarda, deben tener este mismo empleo. No puedo creer que ninguno de ellos tenga mejor corazón, ni forma más encantadora que mi esposa. »

« Los poetas, dice Johnson, dicho sea con todo respeto, no son muy buenos para padres »; á lo cual puede agregarse, con igual verdad, que tampoco son buenos para maridos. En prueba de ello, basta mencionar á Shakespeare y Ana Hathaway; á Milton y á su primera esposa; á Greene, el autor dramático, que vivió sólo un año con su esposa: á Churchill, que se casó á los diecisiete años, se peleó con su esposa y se envenenó; á Sterne, que se conmovió al ver un asno muerto, y abandonó á su esposa y á su madre; á Thompson, que se casó, pero no tuvo nunca esposa¹;

1. El registro de la vieja iglesia de Marylebone contiene la partida de defunción de Mary Thomson, forastera. *Diccionario biográfico de Chambers*.

á Byron cuyo matrimonio fué sórdido y egoísta por un lado é infecundo y falto de generosidad por otro; á Shelley cuya primera esposa se ahogó cuando él la abandonó por Maria Godwin. Ninguno de los errores cometidos por los poetas al casarse, han sido más penosos que éstos. Sin embargo, muchos poetas han tenido la suerte de poseer excelentes compañeras. Parnell se casó con una señora de rara belleza y mérito; y su dolor, al perderla, hizo tal impresión en su inteligencia y su corazón, que jamás volvió á recobrar por completo la salud y la inteligencia. Sir Wálter Scott fué sumamente feliz en el matrimonio: también lo fueron Crabbe, Wordsworth, Hood y Southey.

Southey, Coleridge y Lovell, poetas los tres, se casaron con tres hermanas, las señoritas Frécker, de Bristol. Todos eran igualmente pobres cuando se casaron. Southey tenía veintiún años y Coleridge veintitres, pero tenían muy distinto carácter. Southey era un trabajador y Coleridge un hablador. La vida doméstica del uno fué feliz; la del otro fué cualquier cosa. Cuando Coleridge se iba á viajar con un sueldo anual de 120 libras esterlinas que le habían señalado los señores Wedgwod, de Burslem, dejaba su familia á cargo de Southey. Por la misma época murió Lowell, y el generoso Southey tomó á su cargo á la viuda y á los hijos y los mantuvo mientras vivió. Southey fué igualmente afortunado en su segundo matrimonio con la estimable poetisa Carolina Bowles, que le cerró los ojos al morir.

El poeta Moore fué también feliz en su matrimonio; « su querida Isabel » era, en verdad, una mujer muy digna de estima y una esposa muy cariñosa. Su nombre se presenta á cada momento en el diario de

su vida; quedábase muy contenta en Sloperton, mientras él circulaba con animación entre duques y duquesas en Londres y les cantaba sus canciones guerreras de Irlanda. Cróker se burló de la *Vida de Moore* publicada por lord Jnan Russell en la *Quarterly*; sin embargo, « su querida Isabel » contribuyó grandemente á la felicidad del poeta y le asistió con cariñoso afecto durante una prolongada enfermedad que puso fin á su vida. Pero el matrimonio de Tomás Hood, cuya vida fué un continuo martirio, fué uno de los más felices. Su esposa le asistió en sus enfermedades, le consoló en sus tristezas é hizo que su vida doméstica fuese lo más feliz posible dado lo triste de las circunstancias. Pero á no ser por este matrimonio. Hood afirmó siempre que no hubiera nada de provecho. En una de sus ardientes cartas á su esposa dice: « Yo no era nada, esposa mía, hasta que te conocí; y desde aquel momento he sido el hombre más bueno, más feliz y más lleno de prosperidad. Conserva bien esta verdad en tu memoria, amada mía, y recuérdamela si alguna vez la olvido. »

Los matrimonios de algunos hombres de genio han sido muy extraños, como por ejemplo, los de Balzac y Lamartine. Cuando Balzac se hallaba en el zenit de su gloria, viajaba por Suiza y había llegado á un hotel precisamente en el momento en que los príncipes Hansky se disponían á partir. Balzac fué colocado en la habitación que ellos acababan de dejar vacía, cuando se vió de pronto sorprendido por la llegada de la princesa, que había vuelto en busca de un libro, olvidado en el balcón donde Balzac se hallaba sentado. La señora insinuó que el libro en cuestión era la edición de bolsillo de las obras de

Balzac, añadiendo que nunca viajaba sin dicho libro. Pasaron quince años, durante los cuales mantuvieron correspondencia literaria la condesa y Balzac; al fin recibió éste una carta de carácter mucho más personal. Le anunciaba la muerte de su marido el príncipe, é insinuaba que había determinado darle un sucesor en la persona del mismo Balzac. El afortunado autor no esperó un segundo avance. Partió en seguida para el castillo de la princesa, á orillas del Rhin, donde se casaron felizmente en medio de una serie de espléndidas fiestas destinadas á celebrar el fausto suceso. Lamartine se casó también con una señora inglesa muy rica, llamada Birch. Se había enamorado evidentemente del poeta por la lectura de sus meditaciones; y habiéndose enterado del embarazoso estado de sus negocios, le escribió y le ofreció toda su fortuna. Conmovido por su generosidad se decidió á ofrecerle su mano y su corazón, que fueron inmediatamente aceptados. Sería necesario un gran espacio para dar cuenta de los hombres de genio que han sido auxiliados por sus esposas. De algunos de ellos hemos hablado en otra obra nuestra¹; pero á éstos pueden agregarse uno ó dos más. Buffón se casó muy tarde, á los cuarenta y cinco años, pero fué muy feliz en su unión con la señorita de Saint Belin; que vigiló con el mayor esmero los pasos de su esposo por el camino de la gloria, y se regocijó con los honores que le fueron concedidos por las corporaciones sabias y las testas coronadas, tanto en su país como en el extranjero. Niebuhr, el historiador, fué también auxiliado en gran manera por su esposa. Ella calmaba con el

1. *Carácter*, cap. XI.

encanto de su presencia la extraordinaria irritabilidad de su carácter, y tomaba parte no sólo en los cuidados domésticos, sino también en los trabajos intelectuales de su esposo. Ella era la primera con quien discutía los descubrimientos históricos, los sucesos políticos y las novedades literarias. Realmente, cuando preparaba libros para la instrucción del mundo, lo hacía por dar gusto á su esposa y para obtener su aprobación. Pocos días antes de su muerte, preguntóle él, mientras la sostenía en sus brazos, si no había algo que pudiese hacer por complacerla. Ella le respondió con una mirada de indecible ternura: « Viva yo ó muera, acabarás tu historia. » Éste fué su último deseo. Acaso se haya dicho demasiado acerca de la vida marital de Tomás Carlyle. Ha sido pintada con colores mucno más negros de lo que merecía; las sombras se han exagerado tanto como en una pintura de Rembrandt. Juana Welsch deseaba casarse con un hombre de genio, más bien que con obscuro médico rural, y lo consiguió, pero el matrimonio no convenía á sus inclinaciones. La pareja tuvo que luchar con dificultades y vivir con medrados recursos, producto de traducciones, lecciones y artículos en las revistas. Pero hasta estas dificultades vencidas más tarde por el éxito, debieron tener el más vivo interés para ambos. Al fin se elevó Carlyle y elevó á su mujer á la más escogida sociedad intelectual. ¿No era esto bastante? Ambos tenían la lengua suelta: ambos eran disputadores é irritables, y no guatdaban la menor consideración á sus respectivos sentimientos.

Sin embargo, de las cartas de Carlyle se deduce claramente que amaba mucho á su esposa, no obstante lo que se ha dicho de él. Ella también le auxilió en

sus trabajos, y estaba tan orgullosa con su noble lucha y valiente triunfo, como podía estarlo una mujer inteligente. El último testimonio de Carlyle á su memoria estaba lleno de simpatía y ternura.

Cuando el doctor Paley oyó hablar á un amigo suyo de su felicidad conyugal, asegurando que durante cuarenta años no había habido en su casa la menor disputa, preguntó al que se lo decía: « ¿No le parece eso á usted demasiado tonto? » El viajero que viaja por una inmensa llanura, se fatiga mucho más que el que camina por un país quebrado. Esto mismo es verdad hablando del matrimonio. Juana Welsch fué mucho más feliz como esposa de Tomás Carlyle, que lo hubiera sido como esposa de otro cualquiera. Hasta Eugenia de Suerin confesaba que en el fondo de toda alma humana hay un poco de cieno, pero en la suya la cantidad era mucho más pequeña.

Se ha hecho un paralelo entre la vida matrimonial de Carlyle y Hawthorne. Pero eran diferentes, lo mismo como hombres que como escritores. Carlyle no hubiera podido escribir los libros de Hawthorne, ni Hawthorne los de Carlyle. Los hombres diferían en el cuerpo y en el alma; sus esposas también diferían entre sí, y lo mismo sucedió con sus vidas. Unicamente Hawthorne pudo escribir la *Scarlet Letter*, y sólo Carlyle pudo escribir la *Revolución Francesa*. Estas obras brotaron espontáneamente de ellos, y fueron sus obras maestras. Finalmente, debemos recordar que ni los autores ni sus esposas pueden ser perfectos. Es verdad que muchos hombres al casarse no dan con una esposa leal, y lo mismo le sucede á muchas mujeres. Por lo que toca á las mujeres de la sociedad moderna, que, según las palabras de San Pablo: « aprende,

den á ser perezosas yendo de casa en casa, y no solamente perezosas sino entrometidas, hablando de cosas que no deben », son únicamente los productos más inferiores de una falsa civilización. Son incapaces de amor y menos aún de amistad. Son falsas en todo, desde las pinturas de sus mejillas hasta las palabras de su boca. La mujer, que sigue la moda, no tiene hogar, sino un establecimiento; tiene hijos, pero no familia, y un marido que no es ni compañero, ni amigo, ni amante. ¡Qué tiene de extraño que el hombre tema casarse y prefiera los goces de la vida de soltero! « Mis medios no me permiten casarme », dicen comunmente hasta hombres de situación desahogada y casi próspera en la sociedad. Mis medios no me permiten hacer frente á lo que las señoritas jóvenes se complacen en llamar las necesidades de la vida. Puede uno tener suficiente abnegación para evitar el matrimonio y conservarse puro; aunque puede también caer en malas andanzas que le conduzcan á la miseria y á la ruina. El hombre puede ser conquistado por la belleza de la mujer, dice Haggard, si dicha belleza es bastante; y la belleza de la mujer puede comprarse con oro si el oro es bastante. Las señoritas jóvenes se casan con un hombre rico que pueda satisfacer sus deseos de lujo. Pero en el fondo de la copa del placer hay veneno, que termina en la muerte mortal. Hasta cuando un hombre se halla comprometido, no se casa mientras no tiene lo suficiente para montar un hogar lujoso. Probablemente este tiempo no llega nunca y el compromiso se dilata de día en día, al paso que se sacrifican la felicidad y el bienestar.

Mistress Gore defiende el matrimonio francés llamado *de conveniencia*, porque prescinde de los largos com-

promisos y de las uniones fundadas en el mutuo afecto. Aunque pueden hacerse muchas objeciones á los matrimonios de conveniencia, examinando la historia doméstica de las clases elevadas en ambos países, especialmente si se tiene en cuenta la condición de los solteros y la moralidad de los casados, se verá que tienen en su abono muchas más ventajas que lo que puede hacer suponer un ligero y superficial examen. Si un hombre ha conquistado una posición que le permite casarse con la persona que ama, esto es, con una mujer sana, virtuosa y cariñosa, cácese en buena hora; y si ella tiene prudencia y buen sentido, dirigirá sus asuntos domésticos con buen juicio, y permitirá á su marido el poder gozar las dichas del hogar doméstico. Un amor joven, si es verdadero y celoso, hará que los primeros años de lucha sean útiles y felices. La pareja marchará cogida de las manos á través de la vida, participando mutuamente de sus penas y alegrías respectivas, esperando, trabajando y prosperando juntos. Conocida es la máxima: « No ambiciones mucho, espera tiempos mejores y cree en Dios. » El más feliz matrimonio, como el buen vino, necesita muchos años para llegar á la perfección. Las almas y los corazones han de unirse entre sí, y han de conocerse mutuamente mucho más que en los días de su noviazgo y de su compromiso amoroso. Entonces hallarán uno en otro virtudes y con mucha frecuencia debilidades. En el último caso, deben aprender á soportarlas y á sacrificarse en las pequeñeces de la vida. Entonces llegarán la paz permanente y la tranquilidad. Como dice Jeremías Taylor, sólo después de algunos años puede haber recuerdos y hechos presentes, que asienten el amor sobre firmes cimientos. El

amor engrandece las cosas vulgares con el rastro luminoso que deja tras sí, y modera y subyuga lo porvenir con los destellos que proyecta hacia adelante. Hasta el sufrimiento tiende á unir á los casados más firmemente entre sí. La aflicción da mayor consistencia á la simpatía. Como dice el proverbio oriental, « el que sacude el árbol de la tristeza, siembra con frecuencia los gérmenes de la felicidad. »

CAPÍTULO X

LA TARDE DE LA VIDA. — ÚLTIMOS PENSAMIENTOS DE LOS GRANDES HOMBRES.

¡ Oh vida, hemos vivido juntos largos años, atravesando tiempos buenos y malos ! ¡ Qué triste es separarse dos amigos que se quieren ; casi nos cuesta un suspiro ó una lágrima ! No te detengas, no nos des el menor aviso, escoge el tiempo que gustes ; no nos digas buenas noches, dinos más bien buenos días en alguna otra región de clima más benigno. — MISTRESS BABBAULD.

No ames ni detestes la vida, pero procura vivir bien el tiempo, largo ó corto, que te conceda el cielo. — MILTON.

Todo lo que ha muerto, las razas humanas del universo entero descansan donde la Muerte va amontonando sus tesoros ; la noche tiende su manto de sombra sobre los trabajos diarios de cada uno. — V.

Virtute vixit.
Memoria vivit.
Gloria vivet.

Monumento de Santa Maria de los Angeles en Roma.

La tarde de la vida tiene muchas compensaciones. La juventud tiene sus placeres y la vejez sus recuerdos. Las horas de la tarde de la vida hasta pueden ser las más bellas, así como los más delicados pétalos de las flores son los últimos que se abren. El fruto se desarrolla mientras las flores y los pétalos se marchi-